**Los Sabios de Oriente** 

Difícilmente habrá otro relato bíblico que haya estimulado tanto la fantasía, pero también la investigación y la reflexión, como la historia de los «*Magos*» venidos de «*Oriente*», una narración que el evangelista Mateo pone inmediatamente después de haber hablado del nacimiento de Jesús: «*Jesús* *nació en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes. Entonces, unos Magos* *[astrólogos] de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: “¿Dónde* *está el Rey de los Judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y* *venimos a adorarlo”*» (2,1s).

Con la mención del rey Herodes y el lugar del nacimiento, Belén, encontramos aquí primero una determinación del marco histórico. Se indica un personaje bien conocido de la época y un lugar geográfico fácilmente reconocible. Pero en ambas referencias se ofrecen al mismo tiempo elementos de interpretación.

Belén es el pueblo natal del rey David. Podría comportar una intención teológica secundaria el que la localización geográfica se precise aún más, añadiendo «*de Judá*». En la bendición de Jacob, el patriarca dice a su hijo Judá de manera profética: «*No se apartará de Judá el cetro, ni el bastón de mando de entre sus rodillas, hasta que venga aquel a quien está reservado, y le rindan homenaje los pueblos*» (*Gn* 49,10). En una narración que trata de la llegada del David definitivo, del recién nacido rey de los judíos que salvará a todos los pueblos, se ha de percibir de algún modo esta profecía como trasfondo.

**¿Quiénes eran los «astrólogos»?**

¿Qué clase de hombres eran esos que Mateo describe como «*Magos*» venidos de «*Oriente*»? El término «magos» *(magoi)* tiene una considerable gama de significados en las diversas fuentes, que se extiende desde una acepción muy positiva hasta lo totalmente negativo.

La primera de las cuatro acepciones principales designa como «magos» a los pertenecientes a la casta sacerdotal persa. En la cultura helenista eran considerados como «representantes de una religión auténtica»; pero se sostenía al mismo tiempo que sus ideas religiosas estaban «fuertemente influenciadas por el pensamiento filosófico», hasta el punto de que se presenta con frecuencia a los filósofos griegos como adeptos suyos.

Los otros significados designan a los dotados de saberes y poderes sobrenaturales, y también a los brujos. Y, finalmente, a los embaucadores y seductores. En los *Hechos de los Apóstoles* encontramos este último significado: Pablo califica a un mago llamado Barjesús «hombre rebosante de todo tipo de mentira y maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia» (13,10), manteniéndolo así a raya.

Los diversos significados del término «mago» que encontramos aquí hacen ver también la ambivalencia de la dimensión religiosa en cuanto tal. La religiosidad puede ser un camino hacia el verdadero conocimiento, un camino hacia Jesucristo. Pero cuando ante la presencia de Cristo, no se abre a él, y se pone contra el único Dios y Salvador, se vuelve demoníaca y destructiva.

En el Nuevo Testamento vemos estos dos significados de «mago»: en el relato de san Mateo sobre los Magos, la sabiduría religiosa y filosófica es claramente una fuerza que pone a los hombres en camino, es la sabiduría que conduce en definitiva a Cristo. Por el contrario, en los *Hechos de los Apóstoles* encontramos otro tipo de mago. Éste contrapone el propio poder al mensajero de Jesucristo, y se pone así de parte de los demonios que, sin embargo, ya han sido vencidos por Jesús.

La primera acepción vale evidentemente para los Magos en *Mateo* 2, al menos en sentido amplio. Aunque no pertenecían exactamente a la clase sacerdotal persa, tenían sin embargo un conocimiento religioso y filosófico que se había desarrollado y aún persistía en aquellos ambientes.

En la ciudad de Babilonia, centro de la astronomía científica en épocas remotas, aunque ya en declive en la época de Jesús, continuaba existiendo todavía «un pequeño grupo de astrónomos ya en vías de extinción... Hay tablas de terracota con inscripciones en caracteres cuneiformes con cálculos astronómicos... que lo demuestran con seguridad». La conjunción astral de los planetas Júpiter y Saturno en el signo zodiacal de Piscis, que tuvo lugar en los años 7-6 a. C. —considerado hoy como el verdadero período del nacimiento de Jesús— habría sido calculada por los astrónomos babilonios y les habría indicado la tierra de Judá y un recién nacido «*rey de los judíos*».

A la pregunta sobre qué tipo de hombres eran aquellos que se pusieron en camino hacia el rey. Tal vez fueran astrónomos, pero no a todos los que eran capaces de calcular la conjunción de los planetas, y la veían, les vino la idea de un rey en Judá, que tuviese importancia también para ellos. Para que la estrella pudiera convertirse en un mensaje, debía haber circulado una promesa. En aquellos tiempos bullían en el ambiente expectativas según las cuales surgiría en Judá el señor del mundo, una expectación que Flavio Josefo interpreta como referida a Vespasiano, con el resultado de que éste pasó a gozar de su favor.

Varios factores podían haber concurrido a que se pudiera percibir en el lenguaje de la estrella un mensaje de esperanza. Pero todo ello era capaz de poner en camino sólo a quien era hombre de una cierta inquietud interior, hombre de esperanza, en busca de la verdadera estrella de la salvación. Los hombres de los que habla Mateo no eran únicamente astrólogos. Eran «sabios»; representaban el dinamismo inherente a las religiones de ir más allá de sí mismas; un dinamismo que es búsqueda de la verdad, la búsqueda del verdadero Dios, y por tanto filosofía en el sentido originario de la palabra. La sabiduría sanea así también el mensaje de la «*ciencia*»: la racionalidad de este mensaje no se contentaba con el mero saber, sino que trataba de comprender la totalidad, llevando así a la razón hasta sus más elevadas posibilidades.

Podemos hacernos una cierta idea de cuáles eran las convicciones y conocimientos que llevaron a estos hombres a encaminarse hacia el recién nacido «rey de los judíos». Podemos decir con razón que representan el camino de las religiones hacia Cristo, así como la autotrascendencia de la ciencia hacia él. Están en cierto modo siguiendo a Abrahán, que se pone en marcha ante la llamada de Dios. Estos hombres son predecesores, precursores, de los buscadores de la verdad, propios de todos los tiempos.

Así como la tradición de la Iglesia ha leído con toda naturalidad el relato de la Navidad sobre el trasfondo de *Isaías* 1,3, y de este modo llegaron al pesebre el buey y el asno, así también ha leído la historia de los Magos a la luz del *Salmo* 72,10 e *Isaías* 60. Y, de esta manera, los hombres sabios de Oriente se han convertido en reyes, y con ellos han entrado en la gruta los camellos y los dromedarios.

La promesa contenida en estos textos extiende la proveniencia de estos hombres hasta el extremo Occidente (Tarsis=Tartesos en España), pero la tradición ha desarrollado ulteriormente este anuncio de la universalidad de los reinos de aquellos soberanos, interpretándolos como reyes de los tres continentes entonces conocidos: África, Asia y Europa. El rey de color aparece siempre: en el reino de Jesucristo no hay distinción por la raza o el origen. En él y por él, la humanidad está unida sin perder la riqueza de la diferenciación.

Más tarde se ha relacionado a los tres reyes con las tres edades de la vida del hombre: la juventud, la madurez y la ancianidad. También ésta es una idea razonable, que hace ver cómo las diferentes formas de la vida humana encuentran su respectiva importancia y su unidad interior en la comunión con Jesús.

Queda la idea decisiva: los sabios de Oriente son un inicio, representan a la humanidad cuando emprende el camino hacia Cristo, inaugurando una procesión que recorre toda la historia. No representan únicamente a las personas que han encontrado ya la vía que conduce hasta Cristo. Representan el anhelo interior del espíritu humano, la marcha de las religiones y de la razón humana al encuentro de Cristo.

**Practica semanal**: Al hacer mi examen de conciencia cada día, descubrir si he sido capaz de seguir el camino hacia nuestro Señor. Me cuestionaré si soy mujer de esperanza, en busca de la verdadera estrella de la salvación.